

GUARÍN

Lo que más le gustaba comer a Elkin era sancocho de gallina. Sabedora de eso, aquel viernes, desde muy temprano, su madre peló las papas, el dominico hartón, la yuca y descuartizó la gallinita de raza que él le dejó desde el lunes cuando se fue para la finca.

Elkin solía llegar a eso de las tres de la tarde en un caballo y luego se sentaba a esperar que le sirvieran el almuerzo. Pero esa tarde no llegó.

De esto me entero, catorce meses después, una tarde de septiembre en el municipio de San Luis, gracias a don Luis Antonio y doña Judith, padres de Elkin.

Don Luis Antonio es un campesino alto, fuerte y de manos gruesas de ordeñador de vacas. Al otro lado, contrasta su esposa, doña Judith, una mujer de figura menuda, rostro ajado y dueña de una voz débil, reflejo de su candidez insobornable.

Sin embargo, al verlos sentados y escuchar sus tristezas, sus figuras se igualan.

La casita donde viven queda en una de las calles de pavimento irregular que se estiran desde el parque del pueblo. La fachada anuncia una humildad aun más evidente en el interior. Unos palos de madera lampiños sostienen el tejado de eternit y los cables que llegan hasta un bombillo, en el cenit de la sala. El piso es un entablado de madera sin encerar. Las paredes de adobe son encaladas y en la más central, la que recibe la luz de la calle, se ven la foto de una discoteca

y otras de varios niños y un diploma con el retrato de un joven de cabello rubio, piel blanca y ojos claros.

"Ese era mi Elkin", suspira doña Judith, cuando nota mi curiosidad. Ella lo conocía como nadie. En especial sabía de su apetito y por eso aquel mediodía tenía todo listo para cuando viniera. Incluso había preparado frijoles y "algo más", porque a veces venía con los trabajadores de la finca a comer en casa.

Pero las horas y los minutos se alargaron. Pendiente de cualquier ruido, salió muchas veces hasta la puerta. "A lo mejor le resultó algo de última hora en la finca", pensaba.

A las seis y media de la tarde de ese viernes 2 de julio de 2004, las montañas del sector de Miraflores, que separan a San Luis del municipio de San Carlos, fueron arropadas por las sombras. Cansada de esperar, doña Judith bajó la ollita que estaba a fuego lento sobre el fogón de gas y volvió a asomarse a la puerta. Desde el umbral vio pasar a William Valencia, su ahijado, y le preguntó por "Guarín", como le decían a su hijo. El muchacho levantó un poco los hombros y sólo comentó que cerca de la finca había escuchado "una balacera horrible".

Se lo dijo como para no alertarla. Inicialmente. Porque enseguida le comentó que había escuchado en la radio que "el ejército había matado a seis guerrilleros de las FARC en la vereda El Brasil".

Cuando doña Judith escuchó que los muertos eran guerrilleros, se tranquilizó. Al fin y al cabo, su hijo salía cada ocho o quince días a trabajar con unos amigos a la finca y nada tenía que ver con la guerrilla.

Sin embargo, no dejaba de sospechar que algo le había ocurrido a su "monito". Salió entonces a buscar

a Oscar, el hijo mayor, que andaba por el pueblo. Lo encontró en la Discoteca Acuaris y, sin preámbulos, le comentó su preocupación.

Al ver su intranquilidad, Oscar cerró el negocio inmediatamente y se fue con su madre para la casa.

A las siete, cuando la noche se había espesado, Doña Judith escuchó el ruido de un helicóptero e inmediatamente pensó que venían por él. El aparato dio un rodeo por el pueblo y de nuevo el sonido se fue yendo... yendo, hasta perderse en el inmenso negro.

"Todo eso allá está bien", le repetía su ahijado que también la acompañaba, cuando la notaba llorar. "Todo está tranquilo".

-No, mire que si entró el helicóptero, es que me lo mataron -decía doña Judith.

-No creo, se volaron por la vereda Sopetrán -repetía el muchacho.

-No, no tuvieron tiempo. En ese hueco no hay por donde correr ni nada.

Doña Judith resume aquella noche como "horrible". Todo el tiempo estuvo desvelada y desesperada.

Por eso, antes que se desperezara el sol sabatino, ella estaba despierta y, a cada momento, a cada ruido, creía que, de pronto, Elkin llegaba por el camino de la vereda Sopetrán. Que de pronto.

Y es que pese a que habló con su ahijado y con su hijo casi con la certeza de la muerte, el amor de madre la llevaba a no agotar las esperanzas.

"Pero no creía del todo", recuerda ahora con su rostro lloroso. "Algo por dentro me decía que las cosas no

andaban bien". Y caminando en esa cornisa entre la incertidumbre y la esperanza se fue a llamar a su hija Cecilia que vivía en Medellín. Ella le dijo que fuera a averiguar a la alcaldía y a la Policía del pueblo, y que si no daban razón, se iría a averiguar a la morgue de Medellín.

Doña Judith se fue con su amiga Deyanira Marín para donde el alcalde, le explicó que Guarín, el ingeniero agrónomo, estaba perdido con tres trabajadores.

-Por qué no llama al ejército que está en El Brasil y les dice que la mamá de Guarín quiere ir a buscarlo -le pidió angustiada.

El alcalde, al ver la preocupación de doña Judith, llamó al comandante que estaba al frente de las operaciones. "Vea, es un mono alto, con tres trabajadores, cuidadito con esos muchachos", escuchó doña Judith que hablaba por teléfono.

-Tranquilo. Aquí matamos fue a seis guerrilleros de las FARC -fue la respuesta desde el otro lado de la línea.

"Pregunté si nos dejarían ir a buscar a los muchachos, pero nos dijeron que no. Que nadie se movía", continúa recordando.

Al notar que no había muchas respuestas alentadoras, doña Judith se soltó de la última esperanza e hizo una petición que no estaba muy segura de querer hacer:

-Pregúntele pues al mandón ese -le habló al alcalde- para dónde enviaron a los muertos.

-Que a la morgue -dijo el alcalde- que lo busquen cerquita de la Terminal de Medellín.

Doña Judith salió un poco desalentada. La única ilusión de saber de su hijo era la morgue. Y entonces, con la misma esperanza de que no lo encontraran, decidió llamar a Medellín para que fueran a buscarlo. Ojalá a no encontrarlo.

Catorce meses después, con tristeza y algo de sarcasmo resume: "El almuerzo se quedó en la ollita".

"Estaba con la ropita que yo le había dado"

"Como a las 11 de la mañana me llamó mi mamá", recuerda Cecilia, quien de inmediato salió para la morgue.

Ese pequeño trayecto entre el barrio La Milagrosa, en las laderas orientales de Medellín, y la morgue, se le hizo muy largo. "Iba muerta de los nervios, pese a que sabía que él no estaba con nada de guerrilla", comenta.

Como en una película, durante el recorrido, llegaron hasta la mente de Cecilia muchos momentos compartidos con su hermano en San Luis y también en su casa, donde él se quedaba por temporadas.

"Sí. Allá estaba Elkin. Lo vi en la foto que le tomaron con una camiseta roja que yo le había regalado hace 20 días. Fue entonces cuando decidí llamar a mamá".

El ejército los llevó a las diez de la noche, le contó un familiar de otro de los muertos. En cierta medida era un alivio haberlo hallado, pues al menos cesaba la incertidumbre sobre su paradero.

Pero ahí no acabó todo. Elkin no portaba identificación y hubo que esperar hasta que llegara su madre de San Luis con el registro civil. Sin embargo, esta prue-

ba no les sirvió a los funcionarios de la morgue para reconocerlos como familiares. Por esta razón tuvieron que irse para la casa de Cecilia a esperar hasta el día siguiente.

Las frases de reproche y las lágrimas se multiplicaron sobre las tres de la mañana, cuando llegaron de Buenaventura don Luis Antonio, el padre de Elkin, y Eugenia la otra hermana, quienes recibieron la llamada poco después del mediodía del sábado.

"Llegamos después de un viaje eterno", recuerda don Luis Antonio. "Qué descanso, que uno que ya lo va a ver, bendito sea el Señor. Pero mentira, hubo que esperar todo un día para poder verlo".

Para reclamar el cadáver, los familiares tuvieron que pedir a la registraduría de San Luis, el registro de la cédula. A eso de las tres de la tarde del domingo lo trajo un primo. Sólo a esa hora, tres días después de su muerte, pudieron verlo.

El lunes a las diez de la mañana, lo enterraron en el Cementerio San Pedro de Medellín. "Vino mucha gente del pueblo, doctores, profesores, compañeros de Cornare", recuerda Cecilia. "Todo mundo asustado por su muerte".

"El que tiene las armas manda"

La finca donde mataron a Guarín queda entre las veredas Los Planes y El Brasil, un sector cercano a la cabecera urbana de San Luis, en el oriente lejano de Antioquia. Mide aproximadamente 80 hectáreas, pues desde hace treinta años don Luis Antonio, en ese apego campesino por la tierra, fue anexándole lotes.

Está ubicada "detrás" del pueblo, en un sector al lado de los caminos que han servido de entrada para inter-

narse entre el verde intenso de las selvas que a la vez unen y separan al oriente antioqueño del Magdalena Medio. Por allí circulan a diario campesinos, a buscar en la naturaleza el sustento. Pero igual, es un corredor, un sitio de paso para los grupos armados.

Cuando la adquirió, la casa era de madera y latones de zinc pero luego le hizo "mejoras" de adobe, cemento y tejados.

"La dejé bien organizadita, como casa de campesino trabajador. Teníamos naranjos, guanábanos, plátanos, caña, guayabos..."

En esa finca pasó la mayor parte de su vida, desde cuando sus padres descolgaron desde Granada, trillando monte. Allí fue feliz, allí nacieron sus hijos, y allí estuvo durante casi treinta años, ocupado en las labores del campo, cuidando animales propios y otros dados a utilidades.

Cuando don Luis Antonio habla de su finca, sentado en esta estrecha habitación, el rostro grueso y lleno de surcos parece iluminarse. Sin embargo, tan pronto se acuerda que también allí está anclado el final de su hijo, se le contrae la cara y las palabras parece que empezaran a desgranársele.

"A él le gustaba mucho irse por allá a enmatonar, a lucharle. Él, desde muy niño, le decía a la mamá: ¿Cierto mamá que esa finca es pa' mí? Sí mijo, todo eso es de ustedes", escucha el eco de la voz de su esposa.

"Pero ya eso se acabó con la muerte de él. ¿A qué va a entrar uno?"

Don Luis Antonio nunca fue de problemas ni le gustaron los tratos con los armados y, por ese motivo, hace

diez años, pensando en sus muchachos, mandó a su esposa para el pueblo con ellos.

-Por eso nos vinimos, por evitar, por las niñas -trata de explicar doña Judith-. Ya había una casada, pero faltaba la otra. Y también "el monito", Elkin, que iba cada ocho días. Por eso me vine inicialmente para el pueblo con los muchachos. Y él se quedó allá, solo.

Pero más tarde don Luis Antonio también tuvo que dejar la finca, según él, por presión del ejército, desde un viernes cuando hubo un enfrentamiento en la vereda Sopetrán.

El combate hacía parte de la Operación Marcial, con la cual las fuerzas armadas pretendían arrebatarse el control territorial a las FARC y al ELN. Ese día el ejército mató algunos guerrilleros y avanzó hasta una zona tradicionalmente ocupada por la guerrilla. Don Luis Antonio estaba en la finca y entonces, cuando se presentó la tropa, se arregló para irse. "Ahora se viene esa gente pa' cá y me encierran y no me dejan ir pa'l pueblo porque los guerrilleros viven por aquí", pensó don Luis Antonio.

Sus sospechas no estaban lejos de la verdad: Esa tarde, cuando pretendió salir para el pueblo, el ejército, alegando seguridad, lo hizo quedarse en casa.

Yo a nadie le debo nada

Don Luis Antonio se mete la mano dentro del sombrero y se rasca la cabeza. Recuerda que los vientos se calmaron unos días y siguió tranquilo con las faenas del campo. Hasta que el ejército regresó una tarde, perdida la fecha en su memoria.

"En esa segunda vez eran como 600 soldados. Cuando llegaron, los vecinos estábamos haciendo un puente

en la quebrada Los Planes regalado por Empresas Públicas de Medellín. Ese día me pararon y la orden ya era que tenía que venirme de allá”.

-Pero por qué me tengo que ir de aquí, si yo no me meto con ninguno -explicó.

-¡Por seguridad! -le repitieron.

-Yo a nadie le debo nada.

“Ya ahí -dice- ellos se embravecieron, se embravecieron...”

El temor y la zozobra se filtraban por entre los quebrabarrigos y los guamos. Don Luis Antonio empezó a preocuparse pero no le contó ni a la señora ni a los hijos, pues “no quería confundirlos”.

-Pregunte que no son mentiras -me mira ahora mientras se levanta de la sillita. Yo me iba de aquí a las cinco de la tarde los domingos, al lunes emprendía a desmatonar, reparar cercos, porque ahí tenía mi ganado.

Aunque don Luis Antonio habla de “mi ganado”, realmente las reses que pastaban en su finca eran entregadas a utilidades. Y esa relación con el ganado era lo que más lo aferraba a la tierra.

No muchos días después, regresaron. Ya no hablaron tan bajito. En ese entonces, cuando don Luis Antonio los vio bravos y le dijeron que se marchara, les contestó que arriesgaría las vaquitas.

“Porque yo no quería venirme”, dice ahora como explicando la impotencia. Es que no es justo uno tener que venirse de donde tiene su propiedad, de donde se gana su comida, pa’ irse a decirle a otro: deme trabajo.

De nuevo le explicaron que era por seguridad y cuando le preguntaron que si había guerrilla, él, que no

había aprendido a mentir, les contestó tajante y con cierto dejo de ironía y resentimiento:

-¡Guerrilla hay en las ciudades, en los pueblos y en todas partes, no va a haber por aquí!

Y agrega ahora:

"Nosotros, problemas con esa gente no teníamos nada. Pa' qué se va a enredar uno, como le decía yo al ejército".

Don Luis Antonio conserva claras las imágenes y las frases de aquellos días:

-Usted les prestó la cocina para hacer la comida -le reclamaba el comandante.

-Pero vea mi teniente, ¡si yo presto la cocina hacen la comida y si les digo no hagan la comida, hacen la comida, porque el que tiene armas manda.

-Usted prestó ese macho para traer mercado de Sope-trán para darle a la guerrilla -insistía el uniformado.

-Vea mi teniente, si ese macho está en el potrero y la guerrilla lo quiere, a las buenas o a las malas, se lo llevan. El que manda, manda.

Pese a la confianza con que les hablaba, cuando los uniformados ajustaron cuatro visitas, don Luis Antonio los vio suficientemente bravos como para no resistirse más. Él tampoco quería averiguar hasta dónde podían llegar después de tanta insistencia.

-No mi teniente, estoy arreglando las cositas pa' irme, pa' no agrandarles mucho el problema allá -le dijo cuando lo volvió a tener enfrente.

Pensando en su familia, don Luis Antonio finalmente decidió dejarlo todo atrás. Aunque le dolía cada cua-

dra de tierra, "el ganaito", los pajaritos despertándolo en los amaneceres, pesaba más la familia.

Nos vinimos porque quisimos, porque el conflicto nos decía que nos viniéramos pa' no meternos en líos. Usted sabe que en medio de dos paredes, si una se cae, lo mata, y si la otra se cae, también. Entonces pensé: que se caigan todas dos pero que no estemos nosotros.

De camino para el pueblo, con sus cositas y su vida al lomo del caballo, don Luis Antonio se encontró al ejército. Le dio rabia pero nada les dijo pese a que él los consideraba los culpables de que dejara lo más querido. Al llegar a su casa, empezó a empacar sin darle explicaciones a su confundida esposa.

Esa misma semana salió con diez mil pesos en el bolsillo para donde Eugenia, su hija mayor, quien debido a la violencia en San Carlos, donde vivía, también se había marchado para Buenaventura.

Elkin "Guaro" Guarín

De contextura atlética, alto, y al decir de algunas mujeres, atractivo, a Elkin lo describen como amable, bebedor empedernido, taciturno y amante del campo, donde pasó la mayor parte de sus 31 años.

Desde chico le ayudó a su padre con las faenas de la finca. Doña Judith dice que aunque en el campo le gustaba jugar, no tenía tiempo, pues le tocaba ayudar con las labores de la casa: cargando leña y trayendo legumbres de la huerta principalmente.

"Le gustaban las bestias -suspira doña Judith- y por eso le conseguimos un burrito para traer la leña y luego un caballito para salir al pueblo".

Elkin estudió la primaria en el campo y luego se trasladó al pueblo a realizar el bachillerato. Para pagar sus estudios, trabajó en una discoteca. Empezó como mesero y ahí surgió su gusto por el licor. Tanto que por esa costumbre de los pueblos de acomodar apodos, desde muy joven lo conocían como "Guaro". Ya después cuando se graduó de bachiller, consiguió el negocio La Laguna y más se entregó a la bebida. Luego terminaría como propietario de la discoteca Acuaris, en el parque principal.

"Era muy caballero -se explaya en adjetivos su padre-. Se encontraba con los amigos y era charlando, riéndose. Usted nunca lo veía faltándole a nadie. No. Que él estaba cañando, burlándose, diciendo mentiras, no. Él era un señor. Él decía lo que sentía y estuviera donde estuviera, no le faltaba a nadie".

Lina García, amiga desde los 7 años, lo describe además como alegre y respetuoso aunque, como muchos, lo recuerda porque le gustaba licor.

Elkin empezaba sus fiestas los viernes y le duraban cuatro días.

Si alguien tiene claro el asunto de sus gusticos desordenados es doña Judith, quien, sin rodeos, lo describe como un "borrachito".

"Si estuviera hoy miércoles, estaría pasando el guayabo", empieza a describir una semana en la vida de su vástago. "Él comenzaba viernes y el martes venía a caer a la cama y yo a hacerle bebidas de sábila o cebada. El jueves se levantaba y salía a ver qué hacer".

Doña Judith recuerda ahora que en muchas tardes, cuando salía para misa, lo primero que hacía era buscarlo en alguna acera.

"Lo encontraba muchas veces apenas con un zapatico. Buscaba quién me ayudara a traerlo. Lo llevaba de la manito hasta el baño. 'Báñese mi amor para que se acueste', le decía".

Doña Judith mueve sus delgados brazos, como queriendo acunarlo en la ausencia. Se le quiebra la voz, llora y se estrega los ojos con sus pequeñas y filosas manos. Cuando se repone, comenta que cuando va por la calle le parece verlo tiraito por ahí. Aún así quisiera tenerlo.

"Es que la muerte de él la esperábamos era en una caída borracho, un derrame o algo así", ha dicho Cecilia.

Así como gustó del licor y las faenas de la noche, amaba la vida en el campo.

"A él le gustaba mucho sembrar arbolitos", dice don Luis Antonio.

"También le gustaban los animales", agrega doña Judith, y comenta que hasta sus últimos días en la casa del pueblo, cuando salía al patio a cepillarse se ponía a hablarle a las gallinas, "y a reírse con ellas".

Elkin era además muy animado para salir a caminar por las veredas, a bañarse en las aguas transparentotas que riegan sin tacañerías el municipio. Esa afición, inculcada por sus padres, fue la que años más tarde lo llevaría a estudiar ingeniería agronómica, carrera que estaba a punto de concluir y que ya ejercía como contratista de Cornare, brindando asistencia técnica en las fincas.

"Enseñaba a hacer corrales con anejo y a sembrar tomates, cebollas, auyamas", dice doña Judith, quien se enteraba de lo mucho que lo apreciaban, cuando los campesinos le llevaban cosas de las veredas Santa Rita, La Iberia, El Socorro, "dizque para agradecer".

Como los contratos eran por meses, Elkin fue desinteresándose. Sumado a esto no le iba bien en la discoteca que administraba. Por ello tomó una decisión que habría de segar definitivamente su proyecto de vida.

Quienes más compartían con él por aquellos días, tratan de explicar esa decisión de Elkin: "Él comenzó muy animado con su carrera", recuerda Germán, su mejor amigo y quien trabajaba con él en la discoteca. "Pero era muy amante del dinero".

Las cosas no iban bien y se complicaron cuando se aparecieron "unos amigos" a instarlo a sembrar coca. Entonces vendió la discoteca, pagó unas deudas, compró semillas y semanalmente se iba para la finca en compañía de tres trabajadores.

No era nada extraño: los cultivos ilícitos lentamente empezaron a hacer parte de la vida de San Luis desde mediados de los años 90 en límites con San Francisco, Granada y San Carlos, zonas de dominio de las FARC y el ELN, en especial en las veredas Salambrina y Buenos Aires.

"Pero últimamente -explica el periodista Juan Alberto Gómez Duque, oriundo de esta localidad- la mayor presencia de estos cultivos en San Luis se ha dado hacia los límites con Puerto Nare y Puerto Triunfo, en el corregimiento El Prodigio y lugares aledaños, zonas de dominio de las Autodefensas del Magdalena Medio, al comando de la familia de Ramón Isaza".

"Deje ese café hombre, deje ese café"

Casi nadie supo el momento cuando Elkin empezó a sembrar coca. De eso vino a enterarse su familia meses después, ya que era muy reservado.

"A veces la gente se descarrila", reflexiona Cecilia, quien se enteró ocho meses después de que su hermana comenzara con el cultivo. "De pronto las deudas lo empujaron".

"Me di cuenta de que estaba en eso cuando empezó a traer esas frutas", dice doña Judith, quien intentó transar, pero su hijo parecía muy convencido de la resolución.

-Voy a sembrar esas fruticas mamá, usted sabe que esos contraticos de Cornare se me acaban y necesito de qué ver la vida -le respondía.

-Mi amor, pero eso es muy delicado.

-No mamá, eso por aquí está lleno. Y por allá en Santa Rita me dijeron: hágale Guarín, una cuadrita o dos.

-Eso les dice un grupo, pero llega entonces otro grupo y no le gusta -le decía doña Judith, al tiempo que le expresaba que con el dinero que se ganaba en Cornare era suficiente.

"Yo lo aconsejaba, que eso era muy riesgoso, pero él decía que así era la vida", se recrimina.

-Vea, me parece que usted se va y no vuelve -le decía.

-Tranquila mamá que a esa cañada no entra nadie -la abrazaba.

Lo mismo le planteó Germán cuando Elkin lo invitó. "Yo no entendía por qué, si el negocio marchaba, no había plata, él me comentó que la estaba invirtiendo. Me invitó y yo le dije que eso no era vida. Que había muchas formas de ganarse la plata".

Quienes lo conocían y se iban enterando, trataban de alertarlo. Don Luis Antonio constantemente lo llama-

ba para que dejara ese "riesgoso oficio" y le recomendaba que se fuera para Buenaventura, pues en el comercio sería fácil ayudarlo a conseguir trabajo.

-Mijo, vénganse pa' cá con su mamá que yo aquí le ayudo.

-No papá, tranquilo, que por aquí no pasa nada.

Don Luis Antonio se gastaba 10 ó 15 mil pesos en llamadas, bregándole con todos los argumentos posibles, recordándole casos de campesinos que continuaban en sus fincas porque nada debían, pero que terminaban muertos.

-Deje ese café hombre, deje ese café -le hablaba en clave cuando lo llamaba.

-No papá, no pasa nada.

Como en el billar, Elkin seguía aferrado a la banda.

"Sí, con eso nos despachaba", interviene doña Judith. "Que todo bien, todo bien, pero nosotros nos manteníamos preocupados. Porque uno tiene que decir la verdad, ¿no cierto?".

A doña Judith le contaban que muchos que cultivaban coca tenían que trabajar para los grupos armados, y trató de persuadirlo mencionando los riesgos debido a la presencia últimamente del ejército, pero él insistía en que también ellos le daban permiso.

Pero ella. en esos días. no paraba de alertarlo.

Guarín estaba convencido. Cada vez se involucraba más con su cultivo y descuidaba sus otras aficiones. "Al final era muy solitario", recuerda Germán.

"Ya ni me hablaba -agrega-. Se veía por ahí, leyendo el periódico. Solo, solo, solo... Yo le decía: pilas con

eso. Retírese, que es zona guerrillera y de eso tan bueno no dan tanto".

"Sin embargo, a él no lo mataron por esas cuatro matas. Seguro ese día bajaron 'compañeros', como uno los llama, a pedirle vacuna, los encontraron a todos ahí y creyeron que también eran guerrilleros", intenta explicar doña Judith.

Luego recuerda que el día anterior, jueves, el ejército iba al mediodía hacia la zona. "Sabaletto" el ahijado de doña Judith, quien era uno de los trabajadores, fue esa tarde por una gallina para hacer almuerzo y le dijo que se madrugaba el viernes con las cosas.

"Pero el trabajador nunca se devolvió porque sabía que por allá andaba el ejército", conjeturan ahora.

Cecilia complementa: "Sabaletto se voló de miedo. Pensó que de pronto lo matarían al creer que él le echó el ejército a mi hermano".

Su paradero, un año después, sigue siendo un misterio.

La noticia

"Seis guerrilleros del frente 9 de las FARC, murieron en enfrentamientos con tropas del ejército, según información suministrada por la Cuarta Brigada. Los combates ocurrieron en la vereda El Brasil de San Luis, oriente antioqueño, donde soldados del Batallón de Artillería Coronel Jorge Eduardo Sánchez, desmantelaron un campamento para el procesamiento de cocaína".

"Incautaron, además, un fusil, una pistola 9 mm, una escopeta, un lanzacohetes, una granada de mano, 42

cartuchos, entre otros materiales de guerra" (*El Colombiano*, sábado 3 de julio de 2004).

"...El campamento para el procesamiento de cocaína estaba compuesto por un rancho para 10 personas, 4 canecas de 65 galones para envasar combustible, tres viveros y dos hectáreas de cultivo de coca". (*El Mundo*, sábado 3 de julio de 2004)

Él no era guerrillero

"La información que apareció en la prensa es mentira. Él no era guerrillero". Así, tajante, lo sostiene Cecilia. Fue lo mismo que le dijo al fiscal cuando fue a recoger el cadáver. "Tenía matas de coca, allá en la finca -le explicaba-. Pero no por eso era guerrillero".

"Yo sabía que era raspachín. Papá me contó. Eso se volvió común en el pueblo; es más, a un tío mío le ofrecieron coca ya procesada, no es sólo la siembra sino el proceso y desde hace tres años para acá la gente se está enviciando al bazuco y a la cocaína. Los domingos el pueblo se llena de raspachines".

Cecilia dice que de ser ciertas las afirmaciones no negaría. Pero en medio de su dolor sigue encontrando más inquietudes que respuestas. "Nosotros sabemos que en San Luis hubo guerrilla y paracos. Pero, ¿por qué no lo mataron durante toda esa violencia?".

Su inquietud está sustentada en hechos concretos, como la noche cuando los paramilitares llegaron desde la zona sur del pueblo hasta el negocio de Guarín y mataron a dos muchachos. "Si mi hermano era guerrillero, ¿por qué no lo mataron también esa noche?"

Igual había ocurrido meses atrás con un grupo del bando contrario: "Cuando los guerrilleros se tomaron

el pueblo -dice Germán- estuvieron como dos veces en el negocio y Elkin me decía que me quedara que él se iba. Pero yo le respondía que si él se iba, también yo me iba".

Recuerda que los guerrilleros pagaban "normal", y cuando de pronto intentaban otras salidas, para no meterse en problemas, no les seguían el juego. "Una vez nos dijeron que les regaláramos el trago que porque nos estaban cuidando, pero nosotros no aceptamos".

Como Germán, Cecilia también está segura de su hermano a quien le insistía que pensara en su familia.

Cuando iban a sacar la cosecha, Cecilia se preocupaba porque se iba y no decía cuándo volvía.

-Mijo, ¿hay mucha gente por allá?, le preguntaba.

-No, yo no he visto a nadie, le respondía.

Tampoco entiende para qué arriesgó su vida en esos cultivos. "Lo que se conseguía era sólo para beber".

"No le dejaba nada porque tenía que trabajar para el uno y para el otro", agrega doña Judith.

"A ellos los mataron por guerrilleros pero el hijo mío y los tres trabajadores no lo eran. Es que a él nunca le encontraron armas".

-En la prensa se habla de que eran dueños de unos viveros -le recuerdo.

-¿Cuáles viveros? Eso era un ranchito de plástico. Dormían donde vecinos. Al papel le cabe todo.

Sin embargo, recuerda que la asustó mucho el allanamiento que hizo la Policía una tarde cuando desem-

barcó en San Luis un potente helicóptero con gente de la Dijin, el Das y la Fiscalía.

"Cuando vinieron, estaba sudando de la presión. Me quedé sentada ahí afuera".

-¿Usted por qué está sola? -fue lo primero que preguntaron los uniformados.

-Porque mi hijo está trabajando.

-¿Y dónde está Guarín? -preguntaron de nuevo, con nombre propio.

-Está en Santa Rita.

-Él, ¿cómo está vestido? -insistieron.

-De civil. Tiene uniforme de Cornare pero le da mucho calor.

-¿Y dónde está? -siguieron el interrogatorio.

-Seguramente donde un campesino durmiendo. Si quieren, vengan mañana que él llega por ahí a las diez.

Pero ellos se limitaron a preguntar el número del teléfono, "por si de pronto una emergencia" y se marcharon.

A pesar del dolor y la preocupación de ver a los uniformados requisando cada esquina de la casa y preguntando por el paradero de su hijo, cuando le contó, él no le prestó la menor importancia: "Nada encontraron", y con esas dos palabras la despachó.

"Uno se queda callado -reflexiona ahora- porque contra ellos qué va a hablar. Yo no sabía qué problemas podía haber. Y aquí, qué iban a encontrar? Una casa de familia, una casa honrada, no tienen que encontrar nada".

Lo cierto es que desde hacía un tiempo el asunto ya era vox populi en el pueblo. El rumor crecía como las aguas del río Dormilón en épocas invernosas y las cercanas empezaron a alertarlo. Germán recuerda que le mandaron decir que "dejara ya esa vaina", pero Guarín siguió igual. También su padre, en agosto, casi un año antes de la muerte, cuando llegó enfermo desde Buenaventura, le insistió por última vez.

"Fresco papá. Eso era lo que él me decía y no más. Si él me veía bravo: fresco papá, no pasa nada".

Lo cierto es que la familia aún no asimila que se diga que Elkin murió como guerrillero. Quizá eso sea lo que más los lastima.

"Dígale a esos babosos que mis hijos no son guerrilleros", me dice don Luis Antonio.

"Es que decirle a uno dizque guerrillero. Como le dije yo al juez".

-No... pero él estaba sembrando coca -me respondía.

-Es que por la coca no matan a nadie. ¿A cuántos tienen que matar si es por la coca? Tal vez más de medio país.

"Esos bellacos dicen que eran guerrilleros. Y que tenían armas, es lo que más me duele. En la noticias dijeron que tenían una que no la tiene ni el ejército. De dónde iba a sacarla. Nosotros nunca le vimos un arma guardada", comenta Cecilia.

Y en medio de su turbación y sin tener quizá mucha conciencia de lo que implican sus palabras señala al ejército responsable de esta muerte: "Yo pienso que esa información es porque el ejército mata campesinos y los reporta como guerrilleros para hablar bien

del gobierno. O para ellos sacarse 10 ó 12 días libres o
quién sabrá cuánta plata más les darán”.

Luego de escuchar a amigos y familiares surge una
pregunta frente a este caso: Si Guarín era como dicen,
entonces, ¿por qué lo mataron?

El proceso

Desde el mismo día de su muerte, amigos y familiares
buscaron ayuda para esclarecer lo ocurrido. Acudie-
ron entonces a la Corporación Jurídica Libertad, orga-
nización de abogados que trabaja desde hace 12 años
por la defensa de los derechos humanos en la subre-
gión Antioquia-Chocó.

Esta organización ha estado en el nordeste antioque-
ño, suroeste y desde hace algunos años se quedó en
el oriente del departamento porque había trabajo más
permanente con líderes de las comunidades y con víc-
timas del conflicto.

Funciona en un piso alto de un modesto edificio del
centro de Medellín. Allí, un año después de la muerte
de Elkin Guarín, hablé con el abogado Fernando Va-
lencia, quien lleva la demanda.

Según Valencia, la muerte de Guarín no es un hecho
aislado y hace parte de la dinámica de una guerra
cada vez más incomprensible en Colombia.

El caso lo conoció por una llamada de un familiar que
necesitaba averiguar por unos cadáveres, a través de
la Personería. Unos días después le dijeron que apa-
recieron en Medellín reportados como muertos en
combate, ante lo cual decidió ir hasta la zona en busca
de rastros. Se entrevistó con varios líderes que le co-
mentaron su preocupación, pues los muchachos eran

reconocidos trabajadores; no esconden vínculos con el cultivo de coca, pero son enfáticos en señalar que eran ajenos al conflicto armado.

"En las investigaciones no nos gusta que nos digan que la víctima es un santo o que no mataba una hormiga. Preguntamos siempre si hay algún antecedente o algún tipo de vínculo con grupos para buscar la causa de la posible ejecución".

Comenta que, pese a que le gusta llegar hasta los sitios, no pudo ir porque la vereda quedó sola y no había condiciones, sobre todo por las minas antipersona. Sin embargo, se interesó por el asunto, se reunió con las familias, tomó los poderes, y empezó a ver qué datos nuevos encontraba dentro de la investigación penal.

El proceso que adelanta en estos casos la corporación lo explica Valencia: "Empezamos por ayudar a recuperar los cadáveres (no hubo que hacerlo en éste) y en seguida tratamos de esclarecer la verdad; después buscamos las pruebas para lograr una reparación por parte del Estado. La demanda va ligada a la prueba: si no la tenemos no hay reparación, pues no habría forma para demostrar que no hubo combate. Es que si nadie los vio dicen que fue un ataque tenaz, que pidieron refuerzos y que duraron tantas horas, lo que no podemos contradecir si no hay pruebas".

Lo que más le han insistido es que no eran guerrilleros y que los mataron fuera de combate, por lo que piden que busque pruebas para demostrar que fueron ejecuciones extrajudiciales.

No es un hecho nuevo. Desde agosto de 2001 entraron operativos muy fuertes a la zona, como las operaciones Audaz, Esplendor, Lusitania. Según Valencia, em-

pezaron a recibir denuncias por ejecuciones extrajudiciales en el oriente lejano, más o menos en enero de 2003, y a junio de 2005 tenían más de 150, atribuibles a los batallones Juan del Corral, Artillería N.º 4, Juan Eduardo Sánchez y Granaderos, de contraguerrilla. Este último, según Valencia, "se mueve por varias zonas del departamento con un historial bastante nefasto, dejando huella muy mala".

Considera que en los operativos siempre hay víctimas inocentes porque la tropa tiene mucha presión por mostrar resultados concretos y entonces se violan los derechos humanos.

Las apreciaciones de Valencia no son aisladas. La investigadora Maria Victoria Uribe, durante el seminario Píldoras para la Memoria (Medellín, diciembre 6 de 2005) manifestó que "en Cocorná y San Luis se les da bonificación a soldados y policías por guerrilleros muertos, por lo cual aparecen muchachos muertos estrenando botas de caucho".

Según dice Valencia, en la última reunión de Amnistía Internacional, en abril de 2005, en Ginebra, presentaron especial preocupación por el oriente antioqueño, por lo que han asumido su situación como Caso Tipo de Seguimiento. Adicionalmente la oficina del Alto Comisionado de Derechos Humanos de las Naciones Unidas está pendiente. Por ello, lo que encuentren sobre este caso lo presentarán ante instancias internacionales, como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos y ante el Relator Especial de Ejecuciones Extrajudiciales y Sumarias del Sistema de Naciones Unidas.

En estos años en la Corporación ha aprendido a conocer el modus operandi de los grupos armados y ha esclarecido asuntos muy evidentes. Por ejemplo, en el

ones extraju-
en enero de
atribuibles
N.º 4, Juan
aguerrilla.
varias zo-
ite nefas-

íctimas
ón por
an los

a in-
ina-
e 6
les
os
-

orientes es usual que la gente se meta dos o tres años a la guerrilla, salga y regrese. Otras veces les dicen que el ejército va con un encapuchado, o un desertor, y entonces intuyen que hay un móvil, una razón para la muerte. "Pero en este caso no hallamos esos móviles, ni de testigos que hayan visto lo que pasó, pero la gente sí es muy enfática en que esos muchachos no eran de ningún grupo armado".

Este abogado ha insistido tanto sobre el asunto que ya cree tener una idea clara de Guarín. "A él lo definen como un muchacho inquieto, con cierto liderazgo. Por llamarlo de alguna manera, un bacán de pueblo, medio relajado, medio desordenado".

Pero, ¿alguien tan reconocido sí puede morir como guerrillero? "No me cabe la menor duda de que no lo eran y que no murieron en combate. Tenemos que conseguir las pruebas para demostrarlo, pero estoy totalmente seguro. Además, uno se da cuenta en la actitud de la gente; es que hay casos en que empiezo a averiguar y la gente comienza a sacarme el bulto, y no concreta nada. Con Guarín sucede lo contrario: todo el mundo pide que se investigue. Tenía respaldo: ha vivido toda la vida en el pueblo. San Luis hace mucho tiempo está controlado por paramilitares, me los he encontrado haciendo retenes afuera y se ven en la plaza principal; entonces si ese hombre era guerrillero cuál era la posibilidad de estar allí; además, no es concebible que fuera a meterse a una zona tan complicada, a un monte donde hay operativos militares para que lo mataran. No tiene lógica".

Como una forma de subrayar el tema, hace una pausa para recordar que cada que va al pueblo la gente le pregunta en qué va el caso. Y continúa con sus inquietudes:

"En la zona había operativos, ¿por qué no se fueron si eran guerrilleros? Sí, es ilógico que en un operativo fueran a concentrarse a esa casa". Estos son elementos para desconfiar de lo que pudo pasar pero no hay testigos y es difícil la demostración.

También le suena extraño que en enfrentamientos donde mueren "cinco guerrilleros" no haya ninguna baja del ejército. "Es muy difícil que en un enfrentamiento la guerrilla tenga cinco bajas sin ninguna para el ejército. Es un elemento de duda, pero insisto: es muy difícil comprobarlo".

Hay ejecuciones que son contundentes y, con verlas, los investigadores inmediatamente saben lo ocurrido. Pero en el caso de Guarín no hay indicios claros. "Este caso es complicado porque hay disparos en varias partes de cuerpo. Y repito: dos o tres de ellos sí tienen tiros en la cabeza lo cual es muy difícil porque un combatiente no pone la cabeza, en un enfrentamiento normalmente se reciben los disparos en la caja torácica o en el abdomen. Siempre se protege la cabeza: los que saben, disparan desde el piso o de perfil; además, el combate no se hace a corta distancia, como mínimo a 15 ó 20 metros".

Le comento que en la prensa se habla de un fusil incautado a lo cual dice que él nunca lo ha visto. "Es difícil precisarlo porque estas investigaciones las hace la Justicia Penal Militar y ahí no hay nada que hacer. Y no es antipatía, como se dice, sino que hay ineficacia en esos organismos. Son muy drásticos para castigar conductas internas pero muy laxos en lo que tiene que ver con la comunidad y archivan prontamente esas investigaciones".

Explica, además, que cuando se presentan esas armas que les ponen a las víctimas, éstas no tienen un exa-

men que muestren que efectivamente hubo enfrentamiento. "Ni siquiera registro técnico. No hay control sobre incautaciones de material bélico; seguramente utilizan siempre las mismas armas para demostrar, pues no hay seguimiento".

También comenta haber visto levantamientos de guerrilleros con armas que son inútiles. "En Cocorná asistí al de una supuesta guerrillera de 25 años con tres meses de embarazo y el arma que le pusieron era un arma larga, inservible, amarrada con un alambre. No sé mucho de armas pero estoy seguro de que un fusil no va a aguantar una detonación amarrado con un alambre".

Valencia considera estos asuntos muy complejos porque la Fiscalía no produce resultados, la justicia penal militar archiva los procesos y el ente disciplinario es muy lento.

"La Procuraduría tiene plazos muy largos, con decirle que denuncias que se hicieron hace dos años apenas están empezando a recoger la prueba y es posible que ya no haya nada".

Todos estos factores han incidido para que la investigación del caso de Guarín no haya avanzado, pues no tiene claridad sobre el informe de medicina legal.

Luego de un año de investigaciones dice que están en la parte civil. "Vamos a ver qué encontramos en las pruebas pedidas, seguiremos buscando en la zona; cuando tengamos condiciones nos meteremos a la vereda a ver si de pronto por ahí algún campesino cuenta algo... mientras tanto vamos adelantando la demanda por reparación, tenemos todo listo y con una mínima prueba la presentamos. Muchas veces no hay nada y de pronto aparece alguien que estaba en

el monte buscando leña o que se escondió cuando vio el ejército... o algún soldado con cierto grado de arrepentimiento cuenta, o en una borrachera empieza a ufanarse de lo que hizo. Nosotros confiamos mucho en que la verdad casi siempre sale a flote y la esperamos con calma”.

“En algún momento tendremos suerte: de pronto sobre las necropsias podemos encontrar cositas y se piden ampliaciones... Los levantamientos dejan dudas. Los abogados tenemos un dicho: siempre habrá algo de qué pegarse. Hay una ventaja: las necropsias fueron en Medellín, pues en los pueblos hay presiones para que los médicos omitan detalles”.

-¿Es optimista con este caso?

-El optimismo lo tenemos hasta el último día: hay dos años para presentar las pruebas.

Tiene claro que si se cumple el tiempo sin lograr la demanda por reparación, acudirá a instancias internacionales como la Comisión Interamericana de Derechos Humanos.

Valencia tiene muchas certezas sobre la muerte de Guarín. “Me queda mucho trabajo para demostrar que a él lo mataron extrajudicialmente”.

“Guerrillero no, ingenuo sí”.

A la voz del jurista y de los familiares se suman las de otras personas de la comunidad que manifiestan inquietud frente a la confusa muerte del muchacho. “El asunto de Elkin es, simplemente, que hacía tiempo sabían de sus actividades y él dio papaya”, resume un ex alcalde de San Luis.

Preguntado por la relación con grupos armados, el ex alcalde fue puntual:

"Guerrillero no, ingenuo sí".

Agrega que el problema de Guarín es que todo lo tomaba con la mayor naturalidad pese a que en un pueblo pequeño se cuenta todo. Piensa, sin embargo, que la comunidad es alcahueta debido a la pobreza y por eso se toleran ciertas actividades. "Era muy querido por ser dueño de discoteca y estos sitios son los referentes de la alegría".

"De todas formas, estar en una zona de dominio guerrillero hace lógica cualquier relación".

"Mi amor, por qué no había vuelto"

Cuando enterraron a Guarín en Medellín, doña Judith retornó a San Luis. Fiel a la tradición católica le realizó la novena a las Ánimas, en compañía de algunos familiares y amigos. Pero se sintió muy sola y decidió huirle a una casa que en cada rincón tenía los recuerdos del vástago con quien compartió los últimos años. Al cabo de quince días, dejó a una vecina encargada de la casa y salió para Buenaventura.

-Bueno papá, ya vino mi mamá. Vamos a comprar una casa o arrendemos una pa' que se queden viviendo -le dijo Eugenia a don Luis Antonio, quien ya tenía alguna estabilidad laboral, y creyó que ella se quedaría definitivamente.

-No hija, yo me voy es pa' San Luis, porque allá es la casa mía -dijo con cierta resolución doña Judith cuando escuchó los planes de su hija.

Y a los tres meses no lo pensó más y de nuevo empacó sus cosas.

"No pegué allá. Lloraba mucho ¡y ese calor!"

A los cuatro meses de muerto, empezó a soñar con su hijo. "Llegó llorando hasta aquí a la cortina -señala el pedazo de trapo estampado con flores que hacen de puerta y división de la sala y los dos cuartos-. Le saqué bogadera porque vi que estaba con sed. Le dije: mi amor por qué no había vuelto. Me abrazó y entonces fue cuando le vi las lágrimas".

Al escuchar a doña Judith es fácil notar que Elkin sigue estando con ella. O ella sigue aferrada a la única compañía que tuvo en las muchas ausencias de su esposo. Su ropa y pertenencias están en la pieza bien organizadas, pues no ha querido regalarlas.

"Me sueño con él, riéndose ahí sentado en la sala, esperando feliz a que yo le sirva el almuerzo: '¿Mamá, me mató pollito?' Sí, mijo, pa' eso están esos animales".

Cuenta doña Judith que al regreso vinieron a ofrecerle dinero por el cultivo. "Que se lo lleve el viento", los devolvió.

Un mes después de su retorno, en enero de 2005 también llegó don Luis Antonio al pueblo, pues no quiso dejarla más tiempo sola. Ahora mira a su esposa y continúa con sus frases cargadas de amor y de conmiseración para la mujer con quien ha compartido estos difíciles tiempos:

-Es que pa' qué. Ella solita, yo solito. Ella bien enferma pa' dónde se va a mover. Antes es gracia que esté viva con tanto golpe que ha tenido.

Ahora, don Luis Antonio administra la discoteca en compañía de Oscar, su otro hijo.

"Me ha ido bien gracias a Dios. Ahí vamos con los arrocitos, porque uno después de que tenga la comidita, ahí va".

Pero si bien se consigue "la comidita", mantiene deseos de retornar a la finca, la misma que tanto le costó ampliar y la que ahora ve "muy caída", pero también la misma donde se encuentran a cada paso los rastros de su hijo.

"Hay semanas que salgo a trabajar a la finca y otras no, y así. Hace un mes que no voy y tengo ganas de volver pero es que uno entra allá como buenas tardes y hasta mañana. No hay con qué trabajar, con qué decir: metámosle obreros a esto. Hay que limpiar esta casa, hay que arreglar. Vamos a ver hasta dónde el Señor nos deja".

Doña Judith, a ratos, desea olvidarse de todo, luchar para que cicatricen las heridas, sin embargo le ha tocado sortear dificultades que le remuerden en el corazón herido de madre, pero nada tan difícil como cuando "gente faltona" le pregunta si ya le pagaron al hijo.

"Pienso que para eso no hay plata que valga. El dinero no se compara con tener el hijo vivo. Es lo más importante para una madre. Que fuera viciosito, borrachito, no importa. Por eso, más lástima me daba".

Y si bien no es experta en temas judiciales, no descarta, como el abogado, que en algún momento aparezca la prueba. Que esa historia que tiene tan clara en su cabeza, encuentre el eslabón que ayude a amarrarlo todo.

Como buenos campesinos y pese a los golpes de la vida, doña Judith y don Luis Antonio siguen esperando una bendición divina.

"No quiero que el nombre de mi hijo haya quedado como lo pusieron, como un antisocial. El era una persona de bien, no que lo diga yo, sino todo el mundo".

Diciembre de 2005.